

SAGGISTICA 33

CIRCOLAZIONE DI PERSONE E DI IDEE

Integrazione ed esclusione tra Europa e Americhe

CIRCOLAZIONE DI PERSONE E DI IDEE
Integrazione ed esclusione tra Europa e Americhe

A cura di
Susanna Nanni e Sabrina Vellucci

BORDIGHERA PRESS

Library of Congress Control Number: 2019952144

*This volume is published with the sponsorship of the Dipartimento di Lingue,
Letterature e Culture Straniere dell'Università degli Studi Roma Tre.*

© 2019 by the Authors

All rights reserved. Parts of this book may be reprinted only by written permission from the author, and may not be reproduced for publication in book, magazine, or electronic media of any kind, except for purposes of literary reviews by critics.

Printed in the United States.

Published by
BORDIGHERA PRESS
John D. Calandra Italian American Institute
25 West 43rd Street, 17th Floor
New York, NY 10036

SAGGISTICA 33
ISBN 978-1-59954-155-6

INDICE

Sabrina Vellucci • “Introduzione” (ix)

I PARTE – Identità

Culture transnazionali

Anthony Julian Tamburri, “The Semiotics of Labeling. ‘Italian’ to ‘American,’ ‘Non-white’ to ‘White,’ and Other Privileges of Choosing” (5)

Camilla Cattarulla, “Donna, migrante, ebrea: Eugenia Sacerdote de Lustig, una scienziata in Argentina” (23)

María del Socorro Castañeda Díaz, “La gastronomía mexicana como elemento identitario en territorio extranjero. Estudio de caso: mexicanos en Italia” (35)

Barbara Miceli, “Peace, Freedom, and Cooperation through the Atlantic Crossing in Colum McCann’s *TransAtlantic*” (53)

Culture urbane

Mario Cerasoli, “Città e migranti: narrative urbane in America Latina” (69)

Maria Anita Stefanelli, “L’*Irish Hunger Memorial* di Manhattan” (84)

II PARTE – Narrazioni

Memoria

Angela Di Matteo, “*Estar hecho de orillas*: memoria, frontiera e migrazione nella scrittura anfibia di Andrés Neuman” (105)

Ana María González Luna, “El viaje migratorio de los centro-americanos por México entre crónica y ficción literaria” (119)

Michele Russo, “Mapping Mental and Linguistic Geography in Nabokov’s Autobiographical Texts” (133)

Esilio

Marianna Dell'Aversana, "L'esodo di Mariel attraverso la testimonianza di Reinaldo Arenas" (151)

Susanna Nanni, La polisemica erranza di Daniel Tarnopolsky tra ricerca mistica e dovere testimoniale (165)

III PARTE – E/immigrazioni

Andate e ritorni

Sebastiano Marco Ciccio, "Emigrazione, trasporti e compagnie di navigazione. L'impresa della Sicula Americana" (187)

Luís Fernando Beneduzi, "Fra italianità e brasilianità: il dilemma degli italo-brasiliani nell'immigrazione di 'ritorno'" (202)

Ana Sagi-Vela González, "Viaje a Italia: reencuentros y desencuentros de jóvenes migrantes" (218)

Migrazioni intellettuali

Laura Piccolo, "L'emigrazione russa in Sudamerica: itinerari geografici e coreutici" (239)

Angelo Capasso, "L'aria della Grande Mela" (256)

Susanna Nanni • "Postfazione" (275)

INDICE DEI NOMI (285)

EL VIAJE MIGRATORIO DE LOS CENTROAMERICANOS POR MÉXICO ENTRE CRÓNICA Y FICCIÓN LITERARIA

Ana María González Luna
UNIVERSIDAD DE MILÁN, BICOCCA

El drama de los migrantes centroamericanos que en su viaje hacia los Estados Unidos transitan obligatoriamente por el territorio mexicano ocupa actualmente un espacio significativo en la crónica periodística y en la narrativa de ficción. El relato testimonial que ofrecen tanto la novela, *Amarás a Dios sobre todas las cosas*, de Alejandro Hernández, como las crónicas recogidas en *Los migrantes que no importan*, de Oscar Martínez, permiten analizar los diversos recursos literarios y lingüísticos utilizados por los autores. Recursos con los cuales crean un imaginario poético de lo indecible de la violencia que caracteriza el camino del migrante desde su inicio, su propio país, su casa. La palabra en los dos textos que propongo se encarna en rostros e historias individuales y se transforma en instrumento literario de denuncia y resistencia.



La migración centroamericana que pasa por México es el tema de los dos textos que propongo en este trabajo: Una novela, *Amarás a Dios sobre todas las cosas*, de Alejandro Hernández (2013), y una crónica, *Los migrantes que no importan*, de Oscar Martínez (2010). Ambos textos describen, cuentan el viaje por México de migrantes hondureños, salvadoreños y guatemaltecos — el llamado triángulo norte de Centroamérica — que entre 2005 y 2010 han dejado su casa con la intención de llegar a Estados Unidos, o de quedarse a trabajar en México.

La experiencia personal del camino del migrante vivida por cada uno de los autores en el mismo periodo (entre 2005 y 2010) está a la base de sus relatos y se ha transformado en motor de una escritura que

es representación literaria de la migración encarnada en sus personajes, en sus testigos. El escritor mexicano Alejandro Hernández recorrió las rutas migratorias en Centroamérica, México y Estados Unidos durante cinco años y formó parte del equipo que investigó y redactó el primer informe de la Comisión Nacional de Derechos Humanos (CNDH) sobre secuestros de migrantes. Oscar Martínez, periodista salvadoreño, que empezó a ocuparse de los migrantes centroamericanos que atraviesan México en 2006, apoyado por el periódico digital salvadoreño *El Faro*, realizó el viaje de y con los migrantes desde enero de 2007 hasta mediados de 2011. Las catorce crónicas construidas a partir de los testimonios recogidos durante su viaje, recopiladas y ampliadas en su estrujante y bien documentado libro *Los migrantes que no importan* cubren un lapso de tiempo bien delimitado: de octubre de 2008 a diciembre de 2009. Un periodo temporal que coincide con la novela de Hernández y que corresponde a años de flujo creciente de migrantes centroamericanos, inmediatamente anteriores al fatídico 25 de agosto de 2010 cuando la noticia de la masacre de los 72 migrantes por mano de la criminalidad organizada en un rancho del norte de México, San Fernando, Tamaulipas, visibilizó brutalmente el drama de dichos migrantes y su desaparición en su paso por México. Ese drama es el que, a partir de una consistente documentación y una rica base de testimonios de primera mano, relatan y denuncian tanto Alejandro Hernández, como Oscar Martínez. El hecho de la masacre de San Fernando marca un antes y un después en la narrativa sobre la migración centroamericana en su tránsito por México. En el caso específico de estos autores, encontramos sus terribles efectos en crónicas que sucesivamente escribió Martínez (2016)¹, mientras que en la novela esa masacre será precisamente el escenario en el cual Hernández coloca el tremendo destino de Walter, protagonista principal, y pone punto final a su narración:

¹ En este sentido, las crónicas recopiladas en *Los migrantes que no importan*, demuestran ante las autoridades y la prensa oficial que el fenómeno ya existía, pero estaba ocultado, lo negaban, aunque estuvieran informados de lo que sucedía con los migrantes en su paso por México. Véase la crítica que Martínez hace en su artículo “Nos vemos en la próxima masacre del migrantes” (2010), donde insiste en que la masacre de migrantes había empezado desde el 2007 y acusa a los políticos de mentirosos porque sabían lo que estaba sucediendo.

El 25 de agosto de 2010, los periódicos de México y del mundo publicaron que setenta y dos migrantes habían sido asesinados en un rancho del municipio de San Fernando, estado de Tamaulipas. Walter estaba entre ellos. (Hernández 2013, 313)

A partir de los testimonios recogidos a lo largo del camino en numerosas entrevistas, conversaciones y experiencias compartidas, cada autor fue elaborando sus textos: una novela testimonial y una crónica periodística. Un relato de ficción y otro de no-ficción construyen, con sus propios recursos lingüísticos y literarios, un imaginario dramáticamente poético de la violenta realidad del migrante centroamericano. La palabra se encarna en rostros e historias individuales transformándose en instrumento literario de denuncia y resistencia, sin por ello tratar de definir la violencia ni explicar el concepto universal de migrante. Con el recurso del lenguaje estos autores se niegan a aceptar el mundo tal como es, lo contradicen y se atreven a imaginarlo y hablarlo de otro modo (Steiner 1994), asumen la narración como la posibilidad de dar sentido, revelar el significado de la experiencia del camino del migrante.

Desde expresiones literarias distintas, a partir de la escucha, narran de cuerpos violentados, humillados, desmembrados, de personas concretas que tienen nombre y apellido, una identidad, una historia propia (Cavarero 1997), que podrían perder si cayeran en el limbo de los desaparecidos. Al narrar las historias de emociones, miedos y esperanzas de los protagonistas del viaje, los escritores acercan al lector al infierno de la migración, y ambos lo hacen con sensibilidad, pero sin miramientos. Rompen el silencio, desvelan la violencia y nos ponen ante el espejo de una sociedad fragmentada — la nuestra —, lastimada, dolida, pero dejando abierta la posibilidad de vivirla como una forma de fraternidad. Junto a los datos objetivamente medibles, a las estadísticas que hablan de números de migrantes, secuestros, heridos, violaciones, trata de blancas, estadísticas del horror que nos dan la impresión de que todos somos vulnerables, matables, podemos medir subjetivamente la violencia a través de las emociones como el miedo, la ira, la tristeza (Reguillo 2012, 37). Es precisamente en esta dimensión analítica de la violencia experimentada por los actores sociales, subjetivamente perci-

vida, y que tiene que ver con la expansión del miedo, la indefensión y la vulnerabilidad donde se coloca la narrativa de Alejandro Hernández y de de Oscar Martínez.

Como narrativa de ficción, *Amarás a Dios sobre todas las cosas* tiene las características de una novela testimonial. Alejandro Hernández crea personajes de ficción con la ayuda de los numerosos testimonios que fue recogiendo a lo largo de cinco años, en una operación en que los límites entre la ficción y la no-ficción parecen diluirse. *Los migrantes que no importan*², recoge relatos que Martínez escuchó, anotó y transformó en crónicas periodísticas. En la elaboración de la información obtenida, nada es fruto de la imaginación, solo los nombres son necesariamente ficticios, por exigencia de los mismos testigos que, al vivir en una atmósfera amenazante permeada por el miedo y la violencia, no quieren ser identificados.

La materia común de la narración introduce al lector, en ambos casos, en el infierno del migrante. La novela de Hernández se abre significativamente con un epígrafe dantesco: “Dejad, todos los que aquí entráis, toda esperanza (Dante Alighieri, Inscripción a la entrada del infierno. Infierno II, 9, Divina Comedia)” (Hernández 2013, 7). Martínez, en la introducción a sus crónicas, explicita desde las primeras líneas el motivo de su escritura: la propia rabia, alimentada por la realidad infernal del migrante que ha visto, olido, sentido: “Este libro empezó por la rabia. Lo curioso es que en ese mismo lugar terminó” (Martínez 2010, 15).

No solo la materia, también la perspectiva es compartida en cuanto tanto las crónicas como la novela se escriben desde el terreno mismo de la víctima, la travesía de los indocumentados que deben recorrer tres mil kilómetros de un México escondido, hostil, amenazante, racista, a veces solidario y siempre desconocido. La atención se desplaza hacia las víctimas –despersonalizadas, vulnerables- de la violencia sistémica.

² Varias crónicas coinciden con las que aparecen en el documental de la cineasta salvadoreña Marcela Chamorro, *María en tierra de nadie*, coproducido con el periódico digital *El Faro* (2010). Se realizó a partir del testimonio de las migrantes centroamericanas expuestas al secuestro, el asesinato, las violaciones y los robos en un camino de 3.000 kilómetros que separan la frontera sur y Norte de México.

El eje de la novela de Alejandro Hernández es cronológico y se estructura en cinco partes — “La ley de la acumulación de las desgracias”; “Preguntando todo se sabe”; “En el centro de lo imposible”; “Aquí no existe Dios”; “Dejame morir dando un paso”-, cada una de las cuales consta de diez capítulos numerados y carentes de título que van narrando la evolución de los hechos y el destino de los personajes. En cambio, las catorce crónicas de Oscar Martínez están organizadas según un eje espacial que va del sur al norte, de Centroamérica hacia la frontera entre México y Estados Unidos, “para que alguna sensación de viaje le quede al lector” (Martínez 2010, 17). La sensación es la de un viaje infernal.

Sur y norte, norte y sur, las vías del tren, el río Bravo, el albergue, todo lleva a la percepción de una frontera múltiple y móvil, un espacio de riesgo continuo, umbral de la violencia. En estos géneros de narrativa la frontera ha dejado de ser un territorio delimitable por una geopolítica, para transformarse en espacio del horror que autoriza o niega la vida misma (Cavareo 2009).

El centro de la narración es siempre el camino, como tiempo y como espacio, como un tiempo circular y un espacio sin confines que desorientan y angustian. Un espacio móvil, que borra o transforma las fronteras; un constante movimiento que tiene una única dirección: el norte; ahí está ubicado el sueño estadounidense de riqueza, de posibilidades: “un lugar, un rumbo, un paraíso”. Un sueño alimentado por la palabra del otro, el que ya estuvo y volvió con dólares y con muchas historias que contar. Un mito que se hereda, generación tras generación, el norte es “como un espejismo que se nos pone frente a los sueños desde niños, yo crecía con postales de Estados Unidos debajo de la almohada, pero nunca tuve el ánimo para ir a buscarlo, hasta ahora, y miren nada más dónde andamos, medio extraviados, medio hambrientos, medio muertos” (Hernández 2013, 90).

El camino parece tener vida y moverse al ritmo de los pasos de los migrantes, caminantes que van de paso, transitan, cambian. El camino huele, suena (Martínez 2010, 16), se cobra vidas y se construye con las historias de los migrantes, con sus palabras, sus gestos, sus heridas, sus miedos, sus pasos. El lector recorre ese camino gracias al lenguaje que hace posible su representación y con el cual “podemos ‘experimentar’

por poderes un mundo del que nosotros, los dueños de dicho mundo, hemos sido eliminados” (Bauman 2005, 131).

En la novela se deja amplio espacio al origen del viaje, que se construye en la imaginación a través de los relatos de generaciones, con las cartas que de vez en cuando llegan, en las fantasías que tienen la función de cubrir carencias y ausencias. Esto lleva naturalmente a privilegiar la mirada hacia el pasado, a la historia familiar que se lleva en el viaje. El presente del viaje, por el contrario, se impone en las crónicas, sin por ello omitir las referencias al pasado y la proyección vital hacia el futuro.

Hay paradas necesarias e incluso obligadas en el camino, se trata sobre todo de espacios de dolor, de cuidado y protección. Los albergues aparecen como un remanso en el camino, las casas que diariamente acogen a mutilados víctimas del tren -la Bestia- son lugares de curación y cuidado, donde hay mucho dolor (Hernández 2013, 173). Espacios que existen gracias al trabajo de personas, como el padre Alejandro Solalinde, a quien Martínez dedica su libro, o la señora Olga de la casa para mutilados, que son testigos vivos de la solidaridad y fuente invaluable de información tanto para los migrantes como para nuestros autores.

En este largo y accidentado viaje del migrante centroamericano, “el tren es el vínculo, el tema que no se rechaza, la palabra que todos dicen y quieren oír” (Hernández 2013, 93). El tren les permite avanzar hacia la meta, adquiere vida propia, respira, ruge, chilla, golpea y poco a poco se va transformando en bestia que mutila, en diablo que se cobra vidas; es, en algunos momentos, medio de salvación y, en otros, de condena; es cárcel y es libertad. Metáfora ambivalente del camino, salvación y condena, es “el insondable ser de la noche, inmenso, indestructible, salvador y asesino, generoso y mezquino, el monstruo que transporta sueños y mata migrantes, el amado enemigo que a unos les da alas y a otros les arranca piernas y manos” (Hernández 2013, 103).

Esta es la Bestia, la serpiente, la máquina, el monstruo. Rodeado de leyendas y de historias de sangre. Algunos supersticiosos cuentan que es un invento del diablo. Otros, dicen que los chirridos que desaparecen al avanzar son voces de niños, mujeres y hombres que perdieron

la vida bajo sus ruedas. Acero contra acero. Una vez escuché una frase en uno de estos viajes nocturnos. “Este es primo hermano del río Bravo, porque la misma sangre tienen, sangre centroamericana” (Martínez 2010, 68)

La Bestia y el Río Bravo parecen unir las dos fronteras, ofreciendo un destino mortal al migrante. El río es tumba de migrantes, el tren es causa de muerte, de mutilación.

Inicio de un recorrido de la muerte, está siempre presente en los testimonios de migrantes que viven el tren y en el tren, aprenden a conocerlo y a reconocer su lenguaje de sonidos y movimientos, a descifrar su código. Martínez titula una de sus crónicas “La Bestia” y la define como “el camino por excelencia del centroamericano indocu-mentado. Este es su medio de transporte, estos sus asaltantes y estas las vías donde las ruedas de acero han troceado piernas, brazos, torsos, cabezas. Migrantes” (Martínez 2010, 64). Causa de la muerte y la fragmentación de los cuerpos.

A su vez, el tren es un territorio neutro donde todos, al viajar en las mismas condiciones de vulnerabilidad, son iguales y forman un ‘nosotros’ en el que las distancias sociales y las diferencias se borran en un tiempo limitado por el viaje. Es, según Martínez, el espacio privilegiado para entrevistar a los migrantes:

Arriba, mientras todo se contonea, es el mejor momento para conversar con un migrante. Te reconoce como igual. Estás en su territorio, y es tu colega si has hecho un pacto de solidaridad con él. Compartir cigarrillos, agua, comida o firmar un acuerdo para atacar en caso de necesidad. Ese pacto terminará cuando el tren se detenga en su siguiente punto, y ahí es donde se tiene que decidir si se renueva. (2010, 69)

La vulnerabilidad del migrante borra las diferencias también en la frontera norte, ahí los centroamericanos y los mexicanos son lo mismo: sujetos que intentan saltar, pasar al otro lado.

Los migrantes que habitan las páginas de la novela de Hernández y las crónicas de Martínez se colocan cabalmente en la categoría de los

residuos humanos acuñada por Bauman, víctimas de la victoria del progreso económico a escala planetaria, como el hondureño Walter Mila Funes y muchos otros centroamericanos expulsados por la extrema pobreza: “Será que alguien sembró la pobreza en Honduras, y allí está, floreando en cada niño, hasta que cada niño dice Me voy” (Hernández 2013, 91). Los migrantes son también víctimas de “los erráticos procesos globalizadores, incontrolados y desbocados que han traído como consecuencia la criminalización del globo y la globalización del crimen” (Bauman 2005, 87), sujetos que más que migrar, huyen. Huyen de las bandas criminales, como la Mara Salvatrucha y Barrio 18, que siembran la muerte en el triángulo centroamericano — El Salvador, Honduras y Guatemala — dejando un hueco repleto de miedo. Esa globalización de la criminalidad comporta la anulación entre lo ‘legal’ y lo ‘ilegal’, y crea un territorio de paralegalidad— en nuestro caso el camino del migrante —, abierto a las violencias y gobernado por un orden paralelo, con sus propios códigos, normas, rituales, donde los cuerpos se vuelven prescindibles, sacrificables, traficables (Reguillo 2012). Un territorio que se transforma en espacio del horror que no solo no respeta, sino que niega la vida misma y acaba con la condición humana (Cavarero 2009). Esta es la realidad testimoniada en los textos que analizamos.

Un concepto, el de migrantes como residuos, parias, excedentes de la sociedad, que encuentra eco en un lenguaje que los describe como los que han sido expulsados de su país, “escupidos”, “vomitados” como basura (Martínez 2010, 68), colocados, entonces, en una condición de inferioridad, de vulnerabilidad permeada por el miedo y la sumisión que los lleva a “pedir perdón por existir” (Hernández 2013, 146).

Emerge de los textos la imagen del migrante como fugitivo, el que huye, el clandestino, el que no tiene papeles y vive avanzando, “lo suyo es avanzar, avanzar siempre, los ojos puestos en la frontera siguiente” (Hernández 2013, 124), buscando un futuro que no existe, queriendo caminar sin ser visto para que no lo detengan, para que no lo golpeen, lo torturen, el que no es visto cuando hay que ayudarlo o acudirlo; el que tiene un sueño que se transforma en pesadilla, el que sobrevive dejándose humillar para poder seguir adelante.

Te fijás, le dije, que cuando uno anda de migrante todos tienen autoridad sobre uno, todos: policías y migras, vendedores, ferrocarrileros, personas buenas y personas malas, delincuentes, polleros, mirones, todos nos hablan con autoridad, como si nosotros estuviéramos abajo y ellos arriba, como si ellos pertenecieran al mundo de la luz y nosotros al de las sombras, clandestinos, temerosos, obedientes. (Hernández 2013, 146)

Víctima vulnerable del sistema, indefenso, el migrante vive en el camino experiencias traumáticas de pérdida, de violencia, que generan desorientación, angustia. Una de estas experiencias es el secuestro, en el que, como testimonia el personaje mulato hondureño, llamado ‘el gigante’, que comparte parte del viaje con Walter, “uno pierde la noción de todo, hasta de la vida, del tiempo, uno sólo quiere llegar al minuto siguiente o llegar a la muerte, depende, pero se acaba todo, se corroe todo, hasta la dignidad. [...]Se pierde todo allí, el tiempo, la alegría, la paz. Sólo el instinto lo hace sobrevivir a uno, hora tras hora, día tras día” (Hernández 2013, 224). Los secuestran para extorsionarlos, pero en el caso de las mujeres es aún peor en cuanto las consideran mercancía para la trata de blancas, sobre todo en el trayecto del sur, donde varias ciudades fronterizas son puntos de prostitución forzada. Sus burdeles “están repletos de centroamericanas que callan cuando se les pregunta por qué están ahí” (Martínez 2010, 102).

Muchas son las historias que se tejen utilizando las palabras como hilos para representar, recrear una realidad de la que el lector no necesariamente tiene experiencia, pero en la cual puede verse, identificarse. La historia personal del migrante hondureño Walter Milla Funes, en su repetido intento de llegar a Estados Unidos, encierra la historia de los migrantes centroamericanos de este nuevo milenio, que también habitan las crónicas. Los que han vivido los efectos de las medidas adoptadas por los gobiernos de Clinton y de Bush en la frontera con México, la construcción del muro y la intensificación de la vigilancia fronteriza; los que han padecido las destrucciones ocasionadas por el huracán Sten de los primeros días de octubre de 2005, que, al acabar con las vías ferroviarias mexicanas de la zona fronteriza, transformó el itinerario de la migración; los que han sido víctimas de

la criminalidad organizada y el narcotráfico, que forman parte del negocio de transporte y comercio de migrantes, con los consabidos secuestros, extorsiones, torturas, asesinatos y desapariciones. Porque la narración ficcional y periodística van acompañadas, implícita o explícitamente, del contexto histórico y político que va cambiando con el tiempo y determina las condiciones cada vez más terribles del viaje del migrante.

A medida que se recorren las páginas de la novela de Hernández y las de las crónicas de Martínez, paso a paso, como en el camino, va cobrando forma una imagen de México aterradora. Un país que mira hacia el norte y da la espalda al sur. Que replica en su frontera sur la discriminación y la violencia que viven en el norte. En el norte es víctima y en el sur victimario.

Y además estaba México, esa pesadilla, ese territorio inmenso de gente que se creía hecha a mano, que despreciaba a los centroamericanos y a los gringos, pero que a la hora de decidir, prefería parecerse a los norteamericanos, de manera que terminaba siendo un remedo, una copia mal hecha de los de por sí malhechos gringos. (Hernández 2013, 192)

Existe un lenguaje de la violencia que se impone intencionalmente para imponer una autoridad “Ya sea del sujeto armado que apunta sobre un cuerpo desarmado, ya sea la del Estado y su norma” (Reguillo 2012, 36) y cuyos códigos los migrantes aprenden a reconocer e incluso a utilizar. Y existe también el lenguaje que dice la violencia, instrumento privilegiado de la literatura que se niega a aceptar el mundo tal como es y se atreve a imaginarlo y hablarlo de otro modo (Steiner 1994).

Tanto en la novela como en las crónicas es frecuente el recurso al habla local que caracteriza a los personajes y legitima a los testigos. Testigos y personajes se comunican en su variante lingüística, con ese voseo centroamericano continuo y natural, con su ritmo, su estructura, y un léxico local que los distingue y los identifica. Esa habla, que en algunos casos los migrantes intentan ocultar imitando la variante mexicana para pasar desapercibidos, invisibles y salvarse la vida, convive con

el español de los migrantes, “mezcla de acento centroamericano y diccionario chicano” (Martínez 29), sembrado de palabras que son código: el pollero, el coyote, la migra.

El miedo, el riesgo que radica en el decir y en el nombrar, obliga a cambiar los nombres de los protagonistas de las crónicas para proteger a los testigos, en algunos casos son ellos mismos quienes exigen el ocultamiento de su identidad para no poner en riesgo sus vidas y las de sus familiares.

Desde el punto de vista de la gramática y la focalización, resulta significativo el uso que hacen de la tercera persona algunos testigos al hablar de sí mismos, de su experiencia para esconder su identidad, (Martínez 2010, 55). Es como si al contar su historia hablaran de otra persona, marcando una distancia del dolor, de la herida, una negación para poder olvidar. Así sucede con el testimonio de las mujeres víctimas de la trata de blancas en la crónica “Las esclavas invisibles”:

Como la mayoría de testimonios de trata, se cuentan en tercera persona, y nunca se sabe si un relato de otra es un trozo de la autobiografía de la que habla. Incluso entre ellas la trata es un fantasma. Si le ocurrió, le ocurrió a otra. (Martínez 2010, 87)

El juego de alternancia entre la primera y la tercera persona para dar espacio al testimonio del otro sucede de modo natural, casi imperceptible en la novela cuando el narrador cede completamente la palabra al testigo. “Waldo reproduce sus recuerdos y yo, desde sus recuerdos, reproduzco la tragedia. El relato es suyo, aunque sea mío el lenguaje” (Hernández 58). La focalización autobiográfica de la novela, apoyada en el recurso del diario y la función del testigo integral, privilegia el uso de la primera persona, mientras que la función periodística de las historias que contienen las crónicas favorecen el uso de la tercera persona, aunque en algunas partes el mismo autor se vuelve actor de los hechos y da su propio testimonio, cuenta su experiencia en primera persona, es sujeto de la narración.

Desde otra perspectiva, el uso del pronombre ‘se’ impersonal evidencia la deshumanización en el discurso político estadounidense (Butler 2006, 63) al ignorar la muerte por gotera, lenta e invisible de

los migrantes centroamericanos a lo largo del camino, en el trayecto desde su país:

los gringos siguen en paz con su conciencia, y dicen Los migrantes se mueren. Ellos, solos, se mueren, víctimas y victimarios. El impersonal *se mueren* quita la culpa, evapora las causas, declara a todos inocentes. Los migrantes se mueren. Nos morimos solos, nos mutilamos solos y solos nos adentramos en el sendero de la muerte. Nadie es culpable más que el que se muere. Locuras del tiempo nuestro. (Hernández, 170)

No hay ni vida ni pérdida. En esta deshumanización nada de lo que sucede a los migrantes pertenece al orden del acontecimiento ante los ojos de los Estados Unidos. No pasa nada.

Un año después de la publicación de *Amarás a Dios sobre todas las cosas*, el gobierno mexicano de Enrique Peña Nieto aprobó un programa de control de la inmigración llamado Programa Frontera Sur, que comenzó a aplicarse a partir del 7 de julio de 2014 para atender y controlar el flujo migratorio de Centroamérica hacia Estados Unidos³. Programa apoyado por los Estados Unidos y que bajo un aparente sistema de protección en realidad se ha convertido en una cacería de migrantes, en una constante violación de los derechos humanos.

Las nuevas crónicas y las nuevas novelas incluirán sin duda estos elementos inéditos en su narrativa: las medidas de militarización de la frontera sur paradójicamente han obtenido el efecto perverso de beneficiar a los traficantes y expandir redes, al mulyiplicar las dificultades, los riesgos y los costos del migrar (Trigo, 2017), aumentan la ferocidad de “la Bestia” al querer impedir con la fuerza pública que los migrantes lo utilicen, crean supuestos grupos de ayuda al migrante, como Beta, que en realidad son espías de la policía de migración

³ Este programa despliega una política migratoria hacia Centroamérica y hacia quienes cruzan por México que se ha enfocado en la detención y repatriación de los migrantes. A este programa se le asignó un presupuesto de 102 millones de pesos del Presupuesto de Egresos de la Federación 2015. Véase el Boletín 1, de febrero de 2016, Observatorio de Legislación y Política Migratoria, del Colegio de la Frontera Norte y la Comisión Nacional de Derechos Humanos <http://observatoriocolef.org/wp-content/uploads/2016/06/BOLET%C3%8DN-1-Alejandra-Casta%C3%B1eda.pdf>

enmascaradas, cuyos abusos son impunes. La narrativa hablará también de las caravanas de miles de migrantes centroamericanos que desde octubre de 2018 entran a México con la intención de llegar hasta Estados Unidos, unos se quedan como refugiados y otros esperan paciente-mente en Tijuana para poder saltar la frontera, mientras el presidente Donald Trump toma medidas migratorias cada vez más drásticas y violentas para impedir su entrada.

Es y será necesaria una narrativa que otorgue la representatividad que le es negada a los migrantes, que cada vez corren mayores riesgos de ser tratados y considerados como menos que humanos, o directamente no tomados en cuenta (Butler 2006, 176), y abra las puertas a una urgente y necesaria humanización. Porque contar historias, ficticias y no ficticias, humaniza la existencia, gracias al poder del lenguaje que permite “negar, reconstruir, alterar el pasado, el presente y el futuro, cartografiando de otro modo los factores determinantes de la realidad pragmática. La esperanza es la gramática” (Steiner, 1998, 113).

BIBLIOGRAFÍA

- Bauman, Zygmunt. *Vidas desperdiciadas. La modernidad y sus parias*. Barcelona: Paidós, 2005.
- Butler, Judith. *Vida precaria: el poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós, 2006.
- Cavarero, Adriana. *Tu che mi guardi, tu che mi racconti. Filosofia della narrazione*. Milano: Feltrinelli, 1997.
- Cavarero, Adriana, *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*. México y Barcelona: Universidad Metropolitana de México/Antrophos, 2009.
- Hernández, Alejandro. *Amarás a Dios sobre todas las cosas*. México: Tusquets, 2013.
- Martínez, Oscar. *Los migrantes que no importan*. Barcelona: Icaria editorial, 2010.
- Martínez, Oscar. “Nos vemos en la próxima masacre de migrantes”. *El Faro*, 26 de agosto de 2010. URL: <https://elfaro.net/es/201008/opinion/2333/Nos-vemos-en-la-pr%C3%B3xima-masacre-de-migrantes.htm> (2019.13.01)
- Martínez, Oscar. *Una historia de violencia. Vivir y morir en Centroamérica*. México: Debate, 2016.
- Reguillo, Rossana. “De las violencias: caligrafía y gramática del horror”, en *Desacatos*, núm. 40, septiembre-diciembre 2012, 33-46.

Steiner, George. *Dopo Babele. Aspetti del linguaggio e della traduzione*. Milano: Garzanti, 1994

Steiner, George, *Errata: el examen de una vida*. Madrid: Siruela, 1998.

Trigo, Abril.. “Introducción. Nuevos enfoques sobre la migración trasnacional y el cambio cultural”. *Alternativas. Revista de estudios culturales latinoamericanos*, otoño 7 (2017) <https://alternativas.osu.edu/es/issues/autumn-7-2017/essays4/intro-trigo.html> (2018.11.01)